

PERICO CARPIO

Juan Guinot

PERICO CARPIO



Primera edición: noviembre 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Guinot

© Foto de solapa: Maién Albamonte Pizarro

ISBN: 978-84-120982-8-0

ISBN digital: 978-84-120982-9-7

Depósito legal: M-11520-2020

Editorial Libros que no muerden

C/ Ros de Olano 5

28002, Madrid

IG: @librosquenomuerden

editor@flandes-editorial.com

www.flandes-editorial.com

Impreso en España

Al vuelo de Cyrano

Sorpresa tropical

El palomo Romo quería mudarse a un lugar donde pudiera leer lejos del barullo de las palomas jóvenes, y donde el clima frío dejara de darle dolores de huesos. Desde su nido de dos ambientes, en el monte de eucaliptos, podía ver todo el Parque Urbano y decidió que su nuevo hogar sería en el invernadero de plantas tropicales. Pero entrar ahí no era fácil. Los jardineros cuidaban que nadie dejara abierta las puertas para que el aire frío del exterior no cambiase el clima cálido en el que crecían las plantas.

Romo era un palomo cascarrabias, que cuando se le metía algo en la cabeza nada ni nadie se lo podía sacar. Pasó días observando el invernadero. La larga espera iba a tener su recompensa un lunes, a las siete

de la mañana, cuando entró a Parque Urbano una camioneta que estacionó frente al invernadero donde la esperaban dos jardineros y se abrieron las puertas de par en par.

El Palomo Romo, sin perder tiempo, se lanzó al vuelo, surcó el espacio aéreo del lago, sobrevoló la plaza de juegos, el jardín de azaleas y aterrizó en una rama del palo borracho, frente al portal del invernadero. Observó como los jardineros bajaron de la camioneta una palmera, entraron al invernadero y la plantaron en un pozo.

Romo se salía de las alas por meterse, pero los años no solo le llenaron de plumas blancas la cabeza, sino que le habían enseñado que si se dejaba ganar por la ansiedad, las cosas no iban a salir como lo deseaba.

Atento a dar con el momento justo para actuar, puso toda su atención en el trabajo de los jardineros, quienes no la tenían nada fácil porque la palmera se ladeaba de un lado al otro. En el movimiento, las hojas de la palmera se sacudieron y a Romo casi se le cayó el pico al piso cuando descubrió, entre las ramas, un nido monoambiente, amplio, luminoso y con una hoja-palmera-balcón. Ahí mismo decidió que esa sería su casa nueva.

Los jardineros se alejaron de la palmera y Romo se lanzó en vuelo directo, sin que ellos lo notaran.

Al entrar, el aire tropical le provocó cambios sorprendentes: se le ensancharon los pulmones y desaparecieron los dolores en los huesitos de las patas. Con destreza y velocidad, esquivó hojas, ramas y enredaderas. A medida que se acercaba al objetivo, el pico agrandaba el gesto de felicidad y el corazón le retumbaba cada vez con más potencia adentro del buche.

Llegó a la palmera y posó sus patas en el pastito seco y mullido del nido sin mirar donde pisaba porque estaba embobado en la vista que le regalaba su nueva casa. Inició una lenta flexión de las patas, con toda la intención de posarse sobre el entramado de pastos secos y hacer la primera siesta en su nuevo hogar.

Al bajar, su panza contactó con algo duro, estiró las patas, pegó el pico al buche, miró debajo de su cuerpo. «¡Un huevo!», dijo, y se le pusieron todas las plumas de punta. Caminó hasta el borde del nido y se lo quedó mirando. Le ganó una enorme desilusión, nunca se imaginó mudarse a un nido con huevo, él nunca había criado un pichoncito y, se dijo, mucho menos lo haría de viejo.

Abrió las alas para partir. Antes de aletear, vio una etiqueta que colgaba del tronco de la palmera que decía: «Parque Manuel Antonio - Costa Rica». Miró al huevo, sintió un vacío en la panza al pensar que la mamá y el papá del pichón metido adentro del huevo

estarían buscándolo a miles de kilómetros de distancia de Parque Urbano. Soltó un suspiro, plegó las alas y, sin dejar de refunfuñar, se acercó al huevo, flexionó las patas y lo cubrió con el calor de su panza.

Anidar

Romo solo abandonaba su nuevo hogar por las tardes para juntarse con la bandada de palomas e ir a picotear a la costa del lago lo poco de maíz o galletitas que se disputaban con los patos. Encontró un hueco en el techo del invernadero por donde entraba y salía sin que los jardineros lo notaran.

Frente a las demás palomas, intentaba mostrarse ocupado en sus temas cotidianos, no quería que se enterasen de que tenía un secreto entre las plumas. Si bien se lo notaba más distante y parco de lo habitual, nadie se interesó en animarlo porque Romo tenía bien ganada la fama de viejo cascarrabias.

Aprovechó esas escapadas para hacer la mudanza. De su nido de dos ambientes solo se llevó las hojas

secas de tilo. Ya no le molestaba empollar el huevo porque estar todo el día sentado le permitía leer sin ser estorbado por las palomas bullangueras.

Pero la armonía pronto iba a verse convulsionada. Al finalizar el octavo día en el nuevo hogar, y de regreso del vuelo diario de picoteos, encontró el piso del nido monoambiente lleno de pedacitos de cascarón de huevo.

Se le subió el corazón al pico, no podía respirar, pensó si algún pato había descubierto su secreto y, aprovechando su ausencia, se coló para destruir aquello que él cuidaba con tanto cariño y dedicación.

Siguió el rastro de los trozos de cáscaras, llegó al borde del nido que daba a la hoja-balcón, presentía que iba a encontrarse con lo peor, pero, por suerte, sus premoniciones nefastas se chocaron con la realidad: una rama más abajo, un lorito de pelusas verdes, de pico curvo, ojos enormes y andar tembleque, daba sus primeros pasos de vida: ese era yo.

Al palomo le volvió el alma al cuerpo. Extendió las alas y, suspendido en el aire, me agarró con las patas para regresarme al nido. Una vez aterrizado, se puso serio, sin poder esconder su felicidad. Se me acercó, quedamos pico contra pico y, con voz grave, me dijo:

—Hasta que no se te vaya la última pelusa del cuerpo, no sales de este invernadero. Esa es la regla número uno.

Solo atiné a pestañear.